



Ciencia y estética

Una mirada al cuerpo humano de la medicina hipocrática

Juan Carlos Eslava C., Instructor Asistente, Departamento de Salud Pública y Tropical, Facultad de Medicina, Universidad Nacional de Colombia.

Como se reconoce con cierta amplitud, ciencia y filosofía se entremezclan en el pensamiento griego antiguo hasta tal punto que la búsqueda de sus límites y la precisión de sus contornos específicos resulta tarea ardua y, por momentos, estéril. El ejercicio racional desplegado por los griegos, fundamento del saber filosófico y científico, se orienta hacia la comprensión del mundo en un audaz esfuerzo por ampliar el horizonte de contemplación y la capacidad de desenvolvimiento de una cultura cosmopolita con una enérgica actividad mercantil (1).

Pero además de la evidencia que puede reunirse acerca de este vínculo indisoluble entre ciencia y filosofía a nivel teórico y metodológico, está presente un ideal estético común que atraviesa las realizaciones del intelecto griego, reorganizando y recomponiendo los elementos provenientes de la observación y la reflexión. Dicho ideal estético cohesiona al pensamiento y le da armonía a la ejecución práctica.

De los ocho rasgos destacados del arte griego que señala Gardner en su artículo titulado "Las lámparas del arte griego", tres son, a mi modo de ver, esenciales para percibir la profunda relación que se instaura en la Grecia

antigua entre filosofía, ciencia y estética. Estos rasgos esenciales son: Naturalismo, Humanismo y Equilibrio (2).

El propósito de este breve ensayo será mostrar como estos rasgos propios del arte griego se presentan, y son elementos fundamentales, en el saber correspondiente al cuerpo humano de la medicina hipocrática. Con ello intentaré dar sustento a la tesis general que afirma que el saber científico halla su justificación y su génesis más allá del campo específico de su quehacer técnico, en esferas propias del ambiente socio-cultural en que dicho saber se desarrolla.

LA «*PHYSIS*» HIPOCRÁTICA

Tres grandes ideas, al decir de Laín Entralgo, pueden ser consideradas como cimientos de la medicina hipocrática: la idea de *physis*, la idea de *cognoscibilidad de la physis* y la idea de *tekhné* (3). La «*physis*» fue, siguiendo a los pensadores presocráticos, principio genético y fundamento real de todo el universo y, por tanto, punto primordial de indagación filosófica. La «*techkné*», por su parte, se entendió inicialmente como «arte manual» u «oficio» y posteriormente adquirió un sentido más profundo, como un hacer sustentado en

el conocimiento racional de lo que se hace (3).

Tales cimientos permitieron entender al hombre como un microcosmos partícipe de la *physis* general; a la enfermedad como "una alteración morbosa del buen orden de la naturaleza (*physis*)"; a la medicina como una medicina técnica, esto es, como una aprendida capacidad humana para ayudar a la naturaleza en el despliegue de sus movimientos; y al médico como un *physiologoi*, un individuo con un interés de conocimiento por la naturaleza.

Esta concepción médica de evidente carácter «fisiológico», propia de un reducido grupo social en Atenas puesto que la medicina de la aristocracia, surgió en un escenario conflictivo donde las representaciones mágicas de la enfermedad competían entre sí. Representaciones que sustentaron a la medicina «no fisiológica» y que, siguiendo a Laín Entralgo, correspondieron en la Grecia antigua a cinco formas principales: 1. Las curaciones efectuadas en los cultos al dios Dionysos; 2. Los conjuros terapeúticos, la imposición de manos y las palabras rituales; 3. La mántica, es decir, consultas adivinatorias; 4. La catarsis o acto de purificación y 5. La incubación o ensoñaciones en los

templos sagrados (4).

Dos implicaciones fundamentales en el conocimiento parecen surgir del tránsito de una visión del mundo mágico-religiosa a otra más naturalista. En primer lugar, la naturaleza, a diferencia del designio divino, puede llegar a ser conocida y el hombre tiene la capacidad para ello. Sólo basta desplegar la potencialidad inherente a la razón humana en un ejercicio de «lectura» de la realidad. En segundo lugar, se rompen las mediaciones que se establecen al interponer a la divinidad entre el mundo y el hombre y, por tanto, el mundo deja de ser ajeno y distante para aquel que conoce. El hombre, entonces, se reconoce con más dominio sobre su vida y destino y crece su interés por explorar lo que se torna propio: su intimidad.

Y es en este ejercicio explorador donde el estudio de la «*physis humana*» cobra suma relevancia. Aquí es importante destacar la disciplina de la eidología, entendida como el conocimiento científico de la forma humana, en cuanto ésta es aprehendida por la percepción directa del cuerpo tanto en su conjunto como a través de cada una de sus partes. Esta disciplina, si bien no tuvo un desarrollo sistemático y no fabricó una distinción tajante entre forma y función, como lo haría posteriormente el saber anatómico actual, sí constituyó un saber especial que dio concreción, en un nivel específico, a un ideal de conocimiento del orden del mundo.

Como es claramente reconocido, este saber, que con prudencia puede llamarse hoy saber anatómico, fue limitado y no se desarrolló mediante la disección de cadáveres humanos (5). Sin embargo, al hacer un balance de sus alcances, se puede constatar que en lo referente a dicho saber los avances son significativos. En cuanto a la osteología, los huesos del cráneo son

muy bien descritos al igual que los de la cara; en cuanto a la esplacnología, la epiglotis, la tráquea y los bronquios son descritos aceptablemente y se mencionan los órganos del aparato urinario; en cuanto a los órganos de los sentidos, el ojo es descrito con relativa precisión (6).

Esta naturalización que se instaura en el pensamiento médico encuentra su correlato en la pintura y la escultura, las cuales hallan su fundamento en la cuidadosa observación y el entusiasta estudio de la naturaleza. No de otra forma se entiende la escrupulosidad que el artista manifiesta en cada una de sus obras donde plasma con sutil delicadeza las formas del cuerpo humano. Pero dicho cuerpo, esculpido en la aspereza de una roca que se vuelve dúctil bajo sus manos, trasciende la individualidad del hombre contemplado para adquirir la prestancia de la esencia humana, del ideal configurado dentro de lo que se conoce como el «perfil griego».

Así, la creación artística comparte la búsqueda intelectual de las esencias y la contemplación de las formas en que se despliega, con elegancia y armonía, la naturaleza. La cognoscibilidad de la *physis* forma parte del ideario de filósofos y artistas y la práctica, sea estética o científica, se torna *tekhné* en la medida que la reflexión racional penetra en los intersticios de un ejercicio artesanal y creativo.

EL HUMANISMO EN LA ANTIGÜEDAD

La épica griega, llevada a la perfección en la Iliada y la Odisea, inauguró una nueva forma de concepción de la naturaleza humana. Elevado al rango de protagonista de la historia, el hombre griego entabló una nueva relación con el mundo de los dioses, más desenfadada y libre. Allí, el hombre fue tornándose, cada vez más,

partícipe de su propio destino.

Tal es la puerta de acceso a un inicial proceso secularizador que nutrió las consignas profundamente humanistas de un Sócrates con su «conócete a ti mismo» y de un Protágoras con su «el hombre es la medida de todas las cosas». De igual manera, el espíritu humanista griego se vio reflejado en la representación antropomorfa de sus dioses, y en la delicadeza y exactitud con que acometieron el acto escultórico del cuerpo humano. Claro está que el humanismo desplegado por la cultura griega es muy diferente al humanismo propio del Renacimiento. Para el pensador griego, la contemplación de lo humano rebasa el carácter individual del sujeto concreto hasta llegar a la evidencia de la forma perfecta, de la esencia humana como orden particular de la naturaleza, pero en este movimiento, lo humano adquiere una presencia inédita la cual, a mi modo de ver, es lo que sustenta el humanismo griego que aquí señalo.

Este espíritu secularizador y humanista moldeó el pensamiento y el accionar del médico, llevándole no sólo a una meticolosa observación del hombre como fenómeno natural sino también al reconocimiento del paciente, como individuo, por sobre la enfermedad que padece. Así se constituye uno de los principios cardinales del método hipocrático: lo importante es el enfermo más que la enfermedad (7).

Es por este profundo sentido de lo humano, que la medicina hipocrática podrá percibir tan claramente las vicisitudes del padecimiento del hombre en los rasgos más sutiles de su fisonomía. Esto queda de presente en la conmovedora y clásica descripción que nos ofrece el *Corpus Hippocraticum* en uno de sus más logrados registros,

"En las enfermedades agudas, hay que

observar atentamente esto: en primer lugar, el rostro del paciente, si es parecido al de las personas sanas, y sobre todo si se parece a sí mismo. Esto sería lo mejor; y lo contrario de su aspecto normal lo más peligroso. Puede presentar el aspecto siguiente: nariz asilada, ojos hundidos, sienes deprimidas, orejas frias y contraídas, y los lóbulos de las orejas desviados, la piel de la frente dura, tensa y reseca, y la tez de todo el rostro amarillenta u oscura" (8).

EL EQUILIBRIO Y LA MEDIDA

Como lo señala Gardner, el equilibrio y la medida hacen relación al reconocimiento del límite y la ley. Estos rasgos están evidenciados, más que en otro género, en la arquitectura y se manifiestan con holgura en su más característico producto: el templo (2). El modelo básico de éste fue inamovible, pese a ciertas variaciones superficiales que se encuentran en las construcciones particulares. Esta parcial rigidez estuvo en consonancia, por un lado, con las ideas de disciplina y de dominio de sí mismos del pueblo Dorio y, por otro lado, con el ideario pitagórico de amor al orden y la medida.

Estas nociones de «orden», por demás, penetraron profundamente en el pensamiento filosófico, donde generaron una búsqueda de armonía en la naturaleza la cual se manifestó en los diferentes modelos cosmológicos. Tal como señala Lindberg,

"El mundo de los filósofos, en resumen, fue un mundo ordenado y predecible en el cual las cosas se conducen de acuerdo a su naturaleza. El término griego usado para denotar este mundo ordenado fue cosmos, del cual ellos sacaron la palabra cosmología" (9).

Este ideal de orden y armonía se presentó en la medicina hipocrática principalmente en dos ámbitos estrechamente vinculados. El primero, en el paralelismo que se estableció entre la naturaleza (*physis*) y el hombre (*physis humana*). Este paralelismo fue asumido como una correspondencia

entre el macrocosmos (la naturaleza) y el microcosmos (el hombre). De esta manera, el orden que rige al macrocosmos, tanto en su configuración estética como en su configuración dinámica, es el mismo que rige al microcosmos.

Bástenos con citar lo comentado por Laín Entralgo para dar concreción a este aspecto,

"El paralelismo macrocosmos-microcosmos expuesto en "Sobre las hebdómadas" es preponderantemente configurativo: la piel copia al firmamento, el calor corporal al Sol, el diafragma a la Luna, el neuma al aire, los huesos, la carne, el cerebro y la médula, a la tierra. Aún es más clara la relación figural en la correspondencia que ese escrito establece entre las regiones del orbe próximas al autor (el Peloponeso, el Istmo, el Bósforo, la costa jónica) y las diversas partes del cuerpo. Mas también carácter dinámico posee el paralelismo: vigencia universal del número siete, ritmo de las estaciones y de la vida orgánica" (6).

Con base en el pensamiento de Empédocles, el médico hipocrático sostuvo la idea de que el universo estaba formado por cuatro elementos (agua, aire, fuego y tierra), cada uno de estos elementos estaba caracterizado por una cualidad específica (humedad, sequedad, calor y frío) y la combinatoria de estos elementos generaba los humores específicos (sangre, flema, bilis amarilla, bilis negra). Y puesto que, según la teoría de los contrarios, los elementos opuestos deben estar en equilibrio para mantener la armonía del cosmos, la salud en el hombre fue concebida como el equilibrio entre los diversos humores y la enfermedad como su desequilibrio(10). Una vez más, la noción de orden reina por sobre la construcción teórica.

Esto queda explícito en el texto hipocrático titulado *Sobre la naturaleza humana*, donde se lee,

"El cuerpo del hombre está hecho por sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra. Eso constituye su naturaleza, y lo que crea la

enfermedad y la salud. Esencialmente hay salud cuando estos principios tienen una justa relación entre sí, en fuerza y cantidad y su mezcla es perfecta. Hay enfermedad cuando uno de estos principios falta o sobra, o aislado en el cuerpo no se combina con el resto" (9).

Dicha teoría humoral, y la noción de equilibrio que le subyace, pese a ser construcciones emanadas del pensamiento griego, estarán presentes a lo largo de toda la Edad Media y en buena parte de la época moderna, vía la obra de Galeno de Pérgamo.

FILOSOFÍA, CIENCIA Y ESTÉTICA

Como se ha pretendido mostrar en este suave recorrido por la medicina hipocrática, ciencia, filosofía y estética se hallan fuertemente interrelacionadas, afectándose mutuamente de manera permanente. El saber sobre el cuerpo ya sea enfocado desde la estequiología, la eidología o la dinámica, es al mismo tiempo un saber filosófico, científico y estético.

No basta con una observación «desapasionada» de los elementos constitutivos del cuerpo humano, hace falta una teoría que le de sentido a los hallazgos encontrados los cuales, de otra manera, resultarían dispersos y fragmentados. Pero una teoría de este corte no se desarrolla ajena a las inclinaciones estéticas de quienes las formula. Imágenes de orden, armonía, estilo, elegancia y sencillez penetran, modelando, las construcciones teóricas elaboradas por los pensadores.

Al explorar el saber sobre el cuerpo que fabrica el médico hipocrático, se descubre al hombre griego curioso ante el espectáculo que le depara el mundo y gustoso por la expresión verbal de sus propias observaciones. Al rastrear las fuentes de las cuales se nutre la medicina de Hipócrates, se revelan con cierta perspicacia los rasgos mágico-religiosos de los cultos sacerdotales

tanto asclepiades como egipcios; las especulaciones filosóficas de los pensadores mediterráneos; el dominio popular de los remedios naturales y los actos empíricos de los sanadores

militares y los quiroprácticos.

Misticismo, especulación, arte y observación se mezclan en pocións alquímicas para producir un saber

particular sobre la naturaleza y el hombre que, a lo largo de los años, se ha convertido, como por arte de magia, en el legitimado antecesor de la medicina contemporánea.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. **Farrington B.** Ciencia y Filosofía en la Antigüedad. Barcelona: Editorial Ariel. 1979.
2. **Gardner P.** "Las lámparas del arte griego". El Legado de Grecia. Livingstone R. Eds. Madrid: Editorial Pegaso. 1947.
3. **Laín-Entralgo P.** Historia de la medicina. Barcelona: Editorial Salvat. 1979.
4. **Laín-Entralgo P.** Enfermedad y Pecado. Barcelona: Editorial Toray. 1961.
5. **Singer C.** "Medicina". El Legado de Grecia. Livingstone R. Eds. Madrid: Editorial Pegaso. 1947.
6. **Laín-Entralgo P.** El Cuerpo Humano. Oriente y Grecia Antigua. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1987.
7. **Lyons A.** "Hipócrates". Historia de la Medicina. Lyons A, Petruccioli R.J. Barcelona: Editorial Doyma, 1991.
8. **Hipócrates.** "El Pronóstico". Tratados Médicos. Madrid: Editorial Planeta-DeAgostini, 1997.
9. **Lindberg D.** The Beginnings of Western Science. The European scientific tradition in philosophical, religious and institutional context, 600BF to 1450 A.D. Chicago London. University of Chicago Press. 1992.
10. **Pollak K.** Los discípulos de Hipócrates. Una historia de la Medicina. Barcelona: Círculo de Lectores S.A. 1970.